

# LA ESPERANZA MONARQUICA

—No cree usted que lo mejor sería restablecer la monarquía en España?

Alguna otra vez hemos oído la pregunta. Ahora es un periodista americano quien la formula. Conoce vagamente los asuntos españoles. Estuvo unas semanas en Barcelona, cuando agonizaba la República bajo las bombas de los aviones de Hitler y Mussolini. Presenció largo el éxodo español. Lo vi un día en la frontera francesa, bajo la lluvia fría que llovía sobre el pueblo peregrino. El periodista americano parecía conmovido ante tanto dolor.

—¡Buena "historia" para su papel!—le dije, al pasar.

—¡Terrible! ¡Terrible!—murmuró, emocionado.

Es ese viejo conocido quien trata de descubrir ahora, con su pregunta, la esperanza monárquica en un republicano.

—¿Recuerda usted nuestro encuentro cerca del Perchán?—le interrogo, a mi vez.

Acaso el periodista americano crea incongruente mi respuesta, que es también una pregunta. Le explico. El vió el tremendo espectáculo de un pueblo que lo había perdido todo en una guerra espantosa. Detrás de aquella frontera, aquel pueblo dejaba sus noches de insomnio, rotas por los estruendos de los bombarderos; dejaba los días sin pan, sin carne, sin tabaco; dejaba sus casas y sus tierras; dejaba sus muertos. Al otro lado de aquella frontera, en el país que parecía ofrecerle asilo y libertad, aquel pueblo era conducido a los campos de concentración...

—¿Recuerda usted nuestro encuentro?—insisto—. ¿Recuerda usted por qué aquel pueblo lo había perdido todo?

El periodista americano parece comprender.

—Por defender la República...

—¿Y cree usted que, después de tantos sacrificios por defender la República, se le pueda dar a aquel pueblo la monarquía?

El periodista americano supone que quizá la restauración monárquica en España, constituyera un acontecimiento grato para los ingleses.

—Parece ser que el príncipe don Juan es anglofilo...—trato de explicarme—. Sirvió en la marina inglesa...

—Sí, desde luego... Pero también es cierto que se presentó en España para luchar en las filas de Franco; es decir, en las filas de Hitler. ¿Todavía no está usted convencido de que la guerra de España fue la primera batalla ganada por Hitler a Inglaterra?... Además, ¿está usted seguro de la anglofilia de ese

reco? También pudo estarlo, en ese caso, de la de Guillermo II, que fué algo más que un cadete de la Armada inglesa. En rito de la reina Victoria, y ya se record cómo demostró su anglofilia en 1914!...

Pretendo que mi viejo amigo comprenda la situación de España. Quien gobierna allí no es Franco; es Hitler. Gobierna desde dentro de España, por medio de su policía, cuyos procedimientos de terror ha implantado la Gestapo en aquel país. Gobierna desde fuera, por la asonada de sus divisiones blindadas que montan guardia en la frontera pirenaica. Franco es, en la Europa nazi, un Quisling más. Si se apartase a un lado

A.P.C.E.

SIG: 1.24/1037

para que don Juan pudiera ocupar el trono de España, don Juan no debería la corona a Franco, sino a Hitler.

—¿Cree usted que en estas condiciones sería un rey anglófilo?...

\*

—Es posible—comento, finalmente—que algunos ingleses crean en la amistad de don Juan e ignoren otras amistades más fervorosas y sinceras. Algo más que amistad a Inglaterra: amor a la democracia. ¿Saben ustedes, ingleses y americanos, cuál es el credo de los españoles de hoy? ¿Saben cuál es la esperanza en los presidios y en los campos de concentración de España, donde sufren persecución los mejores hombres de España? Pues... la Declaración del Atlántico. Aquí tengo una carta de un preso español. Es un profesor que no había actuado en política, que sólo cometió el delito de ser fiel a la República. Vea usted lo que dice: "...el último discurso de Roosevelt ha tenido aquí un eco fantástico. Lo conocimos al día siguiente de pronunciarlo. X me lo envió a la cárcel por el mismo conducto que yo utilizo para enviar esta carta. Lo había captado por radio. Todos nos sentimos aquí combatientes de la misma causa. ¡Felices vosotros que podéis luchar libremente por ella! Pero todos sabemos que llegará para nosotros la hora de intervenir en esa lucha..."

\*

Aquel 14 de abril, al escapar de España Alfonso XIII, perdióse para siempre la esperanza monárquica en España.

El pueblo español, vencido en la lucha, pero no para siempre, al perderlo todo por defender la República, conserva una cosa: su esperanza en la República. Es lo único que no perdió.

CARLOS ESPLA

México, 1942.